

LOS NIÑOS QUE FUIMOS: HUELLAS DE LA INFANCIA EN COLOMBIA

LOS NIÑOS QUE
FUIMOS:
HUELLAS DE LA
INFANCIA EN
COLOMBIA

Carlos Alberto Moreno González¹

Resumo

Los niños que fuimos: huellas de la infancia en Colombia, es una investigación que más allá de exponer la historia de la niñez desde el período colonial hasta 1960, pretende entregar elementos para la reflexión y análisis sobre el concepto de infancia en Colombia, usando como fuentes principales los acervos documentales, el arte y objetos, en la que hacen una selección específica de pinturas, manuales, fotografías, juguetes, y postales, el objetivo central es resaltar esos vestigios históricos permitiendo que los lectores reconstruyan el imaginario de Infancia en Colombia, resaltando las transformaciones de la vida cotidiana desde los tiempos coloniales, a través del siglo XIX hasta la mitad del siglo XX.

*Infancia, juventud, tiempos tranquilos
Visiones de placer, sueños de amor,
Herencia de mis padres, hondo río,
Casita blanca... y esperanza ¡Adiós!*

Una de las razones que motivaron la elaboración de esta reseña se fundamenta en el interés de mostrar el trabajo de investigación, realizado por los autores de “*Los niños que fuimos: huellas de la infancia en Colombia*” quienes, a través del material presentado, exponen una amplia visión sobre las representaciones de la infancia en Colombia; es un libro agradable, con gran material iconográfico y fuentes fascinantes que serán muy útiles para aquellos que quieran o están desarrollando el tema de la Infancia.

¹ Universidade Federal Juiz de Fora - UFJF

Por tanto, este libro es el compendio de la exposición que recibió el mismo nombre, promovida con el apoyo de la subdirección del Banco de la República, entidad Estatal Colombiana, que dentro de sus responsabilidades se preocupa por el rescate, preservación, análisis, estudio y difusión de múltiples piezas precolombinas, piezas numismáticas, libros y documentos que conforman buena parte del patrimonio cultural de Colombia.

La muestra se presentó inicialmente en la Casa Republicana, en la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá en el 2012, y posteriormente tuvo una versión itinerante que recorrió durante el año 2013 los diferentes centros culturales del Banco de la República en el país. Fue una exposición de ingreso libre y con gran divulgación nacional, propiciando el conocimiento y la reflexión sobre la representación de la infancia en Colombia, llevando al público a cuestionar y reconocer las condiciones en las cuales se estructuró la noción de infancia y el significado del niño y de la niña en nuestra sociedad.

Como ya se mencionó, el libro presenta de manera concreta y didáctica el trabajo expuesto como resultado de las indagaciones de varios años, en la que se da a conocer la revisión historiográfica sobre la infancia en Colombia, usando como fuentes principales los acervos documentales, el arte y objetos, en las cuales los autores hacen una selección específica de pinturas, manuales, fotografías, juguetes y postales; el objetivo central es resaltar esos vestigios históricos permitiendo que los lectores reconstruyan el imaginario de Infancia en Colombia, resaltando las transformaciones de la vida cotidiana desde los tiempos coloniales, a través del siglo XIX y hasta la mitad del siglo XX.

Los niños que fuimos: huellas de la infancia en Colombia es un trabajo de investigación que, más allá de exponer la historia de la niñez desde el período colonial hasta 1960, pretendió entregar elementos para la reflexión y análisis sobre la representación de la infancia colombiana. Sus autores —historiadores y curadores de alto reconocimiento—, Patricia Londoño Vega, doctora de Historia Moderna por la Universidad de Oxford (1997) con Magíster en Historia local y regional por la Universidad del Estado de Nueva York (1983), y Profesora Titular jubilada del Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia (Medellín), y Santiago Londoño Vélez, curador y artista, autor de varios libros sobre arte publicados por editoriales internacionales como el Fondo de Cultura Económica de México y con asistencia de Karim León Vargas, Magister en estudios humanísticos e historiadora de la Universidad de Antioquia, consiguen propiciar un espacio de reflexión sobre el mundo de los niños, de sus necesidades y de sus expectativas.

Así pues, el concepto infancia como expresión responde a las elaboraciones que se hacen en determinados contextos culturales; tiene su historia, su inscripción y las asociaciones que se le adhieren. La infancia, como categoría, se caracteriza por ser histórica y social, construida junto y desde los grupos humanos, pero, además determinada por quienes abordan su estudio desde sus diversas formas de comprensión de la realidad dentro de un proyecto de sociedad que se enmarca en una época particular.

En este material historiográfico se pretende plasmar el trabajo desarrollado en la exposición, siendo por ello un material profuso en imágenes, dónde se debe resaltar el uso de la iconografía sin llegar a ser utilizada desde un estilo sólo ilustrativo, sino que hace que su narrativa lleve al lector a comprender los vestigios que han sido privilegiados desde este abordaje, como afirma

Burke (2005, p. 45), “a la iconología le interesa el «significado intrínseco», en otras palabras, los principios subyacentes que revelan el carácter básico de una nación, una época, una clase social, una creencia religiosa o filosófica”.

De manera que, se presenta un trabajo de 198 páginas a través de una publicación de lujo dando mayor calidad a las imágenes, fue un trabajo exhaustivo, dada la cantidad de fuentes consultadas y datos recolectados lo que finalmente favoreció el análisis de la información. Las fuentes utilizadas para la exposición y por ende para el libro fueron colecciones de museos y archivos públicos, entre avisos de prensa, publicidad, juguetes, postales, manuales, catecismos y revistas ilustradas entre otros, de los que se hizo un amplio rastreo de todo tipo de evidencias de la cultura material e intelectual con relación a la infancia, llegando a alcanzar mas de mil quinientas imágenes y una completa bibliografía, para luego de una selección detallada y cuidadosa finalizar con 524 piezas, de las cuales 117 aparecen en el libro.

Inicialmente nos encontramos con la definición de la palabra infancia, dónde se estipula que procede del latín *infans*, o sea, el que no habla, ya en 1726 el diccionario de autoridades la define como: “Propia y rigurosamente es la primera edad del hombre, mientras no habla, aunque algunos la extienden hasta la juventud” (p. 13), en 1734 se incluye en el mismo documento los términos niñez e infante, estos conceptos van a sufrir una transformación hasta llegar a entenderse como el periodo de la vida humana desde que se nace hasta la pubertad.

La infancia moderna surge en un marco de enfrentamientos políticos, militares y pugnas por el control de la educación,

es ahí cuando la sociedad comienza a ver en la infancia una posibilidad de perdurar en el tiempo, ya que durante las diversas guerras decimonónicas era normal la participación de niños como informantes, músicos y combatientes, posteriormente va apareciendo una renovada sensibilidad hacia la infancia. Para esta época se despierta una necesidad por parte del Estado y la sociedad en valorar y proteger a los niños, como mencionaría Ariès (1987), se hace énfasis en el sentimiento de la infancia, siendo este un aspecto relevante en el análisis de la niñez ya que ésta pasaba desapercibida, no obstante, los adultos comienzan a considerar el deber de hacerse responsables por sus hijos y se consolida un sentimiento caritativo frente a los niños pobres y desvalidos.

En primer lugar, se hace un abordaje de la infancia colonial, ya que, los tres siglos de vida colonial estuvieron marcados por la implantación de la nueva fe que trajo la conquista, los vaivenes de una economía modesta basada en extracción de metales preciosos y las pensiones derivadas de una estructura social jerarquizada, iletrada y en progreso de mestizaje, con declinación de la población indígena y explotación de mano de obra de esclavos negros de origen africano.

De ahí que, desde 1680 las leyes de indias prohibieron que los funcionarios de la corona se casaran con integrantes de las comunidades bajo su autoridad. Pero ante la falta de mujeres blancas empezaron a mezclarse con los indígenas, lo que inició un proceso de mestizaje que luego involucró a los negros; por su parte, las parroquias llevaban libros separados para registrar los bautizos: el de españoles y el de negros, mestizos y mulatos, no obstante, los niños blancos, eran tratados y representados como adultos en miniatura.

Llama la atención que los niños mestizos quedaron ubicados en una posición social ambigua y discriminada, ya que, generalmente eran el resultado de relaciones ilegítimas de sus padres blancos, a quienes en la mayoría de los casos no conocían nunca; por otra parte los niños indígenas recién nacidos eran bautizados con nombres hispánicos alusivos a personajes de la fe y con frecuencia los apellidos que se le asignaban sugerían el lugar de origen de sus padres; ahora, con relación a los hijos de los esclavos, se dice que los negros no tenían libertad para casarse con personas distintas a las de su raza, con el fin de evitar que buscarán alcanzar la libertad, luego, no era raro que las élites acostumbraran dar como regalo un “negrito” o una “negrita”.

Al mismo tiempo, temas como el infanticidio, el abandono y la ilegitimidad, no son extraños para esta época, por ejemplo, los costos del matrimonio católico estaban lejos de las posibilidades de los sectores populares, lo que llevó a que este operara en la práctica como forma de diferenciación social, en el caso del aborto, fue una forma de control natal y se buscaba producir por medios físicos o por la ingestión de bebedizos provenientes de la tradición indígena, prácticas que podían ser recomendados por una comadrona, un familiar o un yerbatero.

No obstante, las nodrizas y amas de cría, ejercían la práctica de maternidad sustituta, tarea que estuvo vigente a lo largo de la colonia y hasta avanzado el siglo XIX, ello se debió al creciente número de niños en casas de expósitos y en hospicios que requerían ser alimentados, ya que las mujeres acomodadas querían evitar los inconvenientes de la crianza y los impedimentos de las madres que trabajaban en el comercio y la producción artesanal.

En un segundo momento, se realiza una aproximación a los párvulos decimonónicos, inicialmente mostrando a esa infancia inmersa en las guerras, esos niños combatientes, especialmente los de origen rural, quienes se vieron envueltos en diverso grado en las guerras, bien como integrantes de fuerzas regulares, como parte de las irregulares, o como víctimas. Para el siglo XIX se impuso una militarización generalizada de la vida desde temprana edad consecuencia de los múltiples conflictos armados de alcance nacional, regional y local.

Mientras tanto, los *chinos* bogotanos, como eran llamados los niños de la capital, eran huérfanos o abandonados que tenían entre ocho y catorce años, vivían generalmente en pequeños grupos conformados por niños, adolescentes y, a veces, un perro; dormían en portales, andenes, puentes, parques o cuchitriles; pasaban hambre, vestían harapos y ganaban un precario sustento mediante limosnas, pequeños robos y oficios como voceadores de prensa, limpiabotas, carboneros o informantes en las guerras; es importante resaltar que el término “*Chino*” es tomado del quechua, lengua originaria de los pueblos indígenas de los Andes centrales y la cual hace referencia a la forma de llamar a los niños (ORTEGA, 1972).

Por su parte, el “bola-botín” fue el nombre que recibieron los niños lustrabotas en Bogotá, quienes descalzos, con una caja con betún y cepillo y varios periódicos bajo el brazo para vender, recorrían las calles ofreciendo sus servicios a los *mesitos* (por Monsieur).

Con referencia a la educación, uno los cambios más notorios se producen en la formación femenina, impartida por particulares y comunidades religiosas, separada de la de los hombres hasta mediados del siglo XIX. A partir de 1822 y a lo

largo del siglo XIX, coexistieron en Colombia dos metodologías pedagógicas: la enseñanza *mutua*, ideada hacia 1790 por el cuáquero inglés Joseph Lancaster (1778-1838), y la enseñanza *objetiva*, desarrollada por el suizo Johann Heinrich Pestalozzi (1746-1827).

Tenemos pues, que las primeras generaciones de niños que asistieron a las escuelas en la joven República lo hicieron bajo el método de enseñanza mutua, lo que se denominaría como una “máquina escolar perfecta”, que Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander importaron de Inglaterra; en contraste, desde la pedagogía pestalozziana, el nuevo maestro, era concebido como una persona que debía conocer del arte y de la ciencia, tener un perfil similar al propuesto en la pedagogía objetiva o intuitiva.

Con la Reforma de 1870, el gobierno contrató nueve pedagogos alemanes, uno por cada estado soberano, y les encomendó la creación de escuelas normales que siguieran el método de Pestalozzi; esta reforma avivó el debate sobre el control de la enseñanza pública, así, partidarios veían desde ya un instrumento para mejorar la educación popular, imprescindible para “civilizar” a los colombianos.

Otro de los elementos mencionados es la manera en la que se plasma esa representación de esa niñez, a través de la denominada construcción romántica de la infancia, tal es el caso de los retratos de niñas pudientes, porque algunas de las familias acomodadas se dieron el lujo de conservar mediante pinturas y fotografías las imágenes de sus hijos pequeños, quienes posaron de manera individual o como parte del grupo familiar.

También por influencia de un siglo marcado por el romanticismo, la infancia adquirió una valoración, más bien tardía, por parte de algunos autores que apelaron a sentimientos subjetivos al referirse a ella, por ejemplo, la muerte de los niños comenzó a despertar expresiones de sentimientos en los adultos urbanos ilustrados y se hace más notoria cierta nostalgia por la infancia, en el caso de la literatura esta dejará expresiones que muestran, al finalizar el siglo, la progresiva elaboración desde la perspectiva del adulto, de una mirada nostálgica sobre la infancia, entendida como una etapa feliz e inocente cuyas dichas nunca regresarían, luego, se extrañará lo perdido, lo que permite reconocer que ya existe conciencia sobre lo que resulta ser una efímera etapa de la vida humana, este sentimiento de la élite educada se desarrolló justo en una centuria marcada por un clima de incertidumbre, inseguridad e infelicidad.

Un tercer momento de este trabajo será el referente a la niñez como futuro de la nación, para tal efecto, los derechos del niño comenzaron a ser propagados en un ambiente en que tradicionalmente los menores solo tenían deberes, enunciados una y otra vez, al tiempo que se iba gestando una “mentalidad de derechos”, y no únicamente de obligaciones, de manera que para la década de 1930 ganaría plenitud la puericultura o el arte de criar y educar a los niños como una forma de asegurar su bienestar, dentro de una preocupación generalizada por el “futuro de la raza”; para ese entonces, el niño ya era entendido como “el hombre del mañana y responsable del bien futuro” (p. 105). La higiene será empleada como un elemento fundamental en el discurso de la degeneración de la raza, esta degeneración solo podría prevenirse, si se evitaba que el niño se extraviase a lo largo de su infancia por los malos hábitos y conductas inmorales de sus congéneres (NAVAS, 1899).

Visto desde esta perspectiva, educar e higienizar serán prácticas comunes durante los primeros decenios del siglo XX, para evitar la degeneración de la raza; así que, un grupo de intelectuales colombianos, entre ellos Miguel Jiménez López, Luis López de Mesa y Jorge Bejarano, preocupados por la “degeneración de la raza”, suscitaron un debate en torno a la educación, por considerar que era uno de los remedios ante un panorama que calificaban como desolador, fue por esta época que el país acogió las ideas pedagógicas de la Escuela activa o Escuela Nueva, inspirada en los desarrollos de la biología, en particular de las nociones darvinianas de la herencia y adaptación al medio.

El proyecto se extendió dando pie a la sustitución de algunas técnicas y formas de crianza, de modo que en la educación se busco moderar los castigos físicos, y se despertó un gran interés por la higiene que hizo parte de la medicalización de la infancia. Dentro de este marco, desde los tiempos coloniales cuando circularon toda clase de prácticas, los partos eran atendidos por comadronas que suministraban distintos bebedizos a la madre; la costumbre de atender el nacimiento en el domicilio de la parturienta por parte de mujeres (madres, hijas, hermanas, tías, vecinas, amigas) fue difícil de cambiar, pues las mujeres en ese estado se sentían mejor al cuidado de sus congéneres que de un médico.

De manera que la lucha por la higiene fue uno de los elementos claves del proceso de urbanización abordado por parte de las políticas públicas y los manuales editados en el siglo XX, ésta se entendió como el aporte científico de la medicina a la educación escolar y como herramienta para perfeccionar a los alumnos y llevar a la nación hacia la civilización y el progreso.

A su vez, a comienzos del siglo XX, la guerra de los mil días empeoraría la situación de la miseria en la que vivía una parte considerable de los colombianos, uno de los grupos más vulnerables fue la infancia, afectada además por altas tasas de mortalidad; por otra parte, la adopción de nuevas prácticas domésticas de atención y la implantación del conocimiento científico sobre la infancia fueron un proceso largo, liberado por algunos pioneros que buscaron formar hábitos y costumbres mediante la realización de nuevas prácticas basadas en conocimiento científico, lo que daría paso a la puericultura y pediatría en Colombia.

Además, la nueva sensibilidad a favor de la niñez marginal fue motivada tanto por sentimientos caritativos como por consideraciones médicas y sociales, tales como el temor a la criminalidad, a la propagación de enfermedades y al desarrollo de otros desórdenes familiares y sociales, favoreciendo la aparición de nuevas instituciones y leyes para los desamparados.

Por tanto, como el *chino* fue la denominación común de los niños pobres que vivían en la calle de la Bogotá del siglo XIX, el término “gamín” fue la denominación moderna que se popularizó en Colombia para referirse a los pequeños indigentes, que no sólo viven en las calles sino que acuden al robo, la delincuencia y los vicios. Se deriva del francés gamín, que significa pequeño ayudante de obreros.

El siguiente aspecto aborda las creaciones para la infancia, haciendo énfasis en materiales más allá del mundo de los libros, de manera que los niños colombianos potenciaban su imaginación a través de los mitos, leyendas, cuentos, anécdotas, juegos, trabalenguas, retahílas y romances de la tradición oral popular, que sin ser concebidos expresamente para ellos, formaron

parte integral del patrimonio cultural de la infancia, parte de este repertorio provenía de reelaboraciones de narraciones europeas, mezcladas en Hispanoamérica con herencias indígenas y africanas.

El primer libro que apareció en Colombia con la literatura infantil de Pombo fue *Fábulas y cuentos, publicado en Bogotá en 1893*. En 1916, cuatro años después de la muerte del escritor, la imprenta Nacional editó en Bogotá *Fábulas y Verdades*, libro que reúne las Fábulas y verdades, los Cuentos pintados, los Cuentos morales y el Nuevo método de lectura.

A finales del siglo XIX y comienzos del XX salieron tres periódicos infantiles hoy olvidados. El Álbum de los Niños (1876), fue un periódico de instrucción y recreo destinado a la juventud dando a conocer escritos morales y literarios; algunos textos sobre historia natural, ciencias, biografías y los cuentos de los hermanos Grimm.

Es necesario recalcar que, así como la literatura infantil se originó en la tradición oral popular, los títeres que empezaban como un espectáculo para gentes de todas las edades y condiciones, según los indicios, se convertirían en un espectáculo para un público específicamente infantil gracias a la existencia de grupos de aficionados de teatro que actuarían para vecinos y familiares en épocas de fiestas, especialmente en las novenas de Aguinaldos. En 1946 la Compañía Teatral Mirringa-Mirronga puso en escena en Bogotá cuentos de la literatura infantil adaptados al teatro.

A manera de conclusión de esta reseña, se puede resaltar que el último tópico expuesto por los autores en los que presentan a la *infancia como memoria*, es el cierre perfecto del libro porque pretende reconocer el impacto de la historia en la concepción de la infancia en Colombia y la forma como se fueron construyendo

los diferentes imaginarios alrededor de nuestros niños, es así que nuestros investigadores afirman que, las palabras y las imágenes contribuyeron a que la infancia ingresara definitivamente a la memoria colectiva mediante impresiones y sucesos considerados dignos de ser salvados del olvido.

Representar la infancia, recordar las vivencias y conservarlas para otros, es una muestra más de la modernización que experimentó la niñez a lo largo del Siglo XX, del mismo modo que se vuelve *target* para el mercado de ropa, remedios, juguetes y otros productos industrializados.

Al convertirse en parte de la memoria colectiva, revelada u oculta, la infancia finalmente se legitimó como integrantes de la condición humana que los adultos no abandonan, sino que los acompaña, de manera consciente o inconsciente, a lo largo de la vida y para terminar qué mejor que retomar uno de los poemas que el libro presenta, estrofa del poema “Recuerdos” de José María Vergara y Vergara:

**Dulces memorias,
Dulces recuerdos
Que el hombre guarda
Del niño tierno!**

REFERENTES BIBLIOGRÁFICOS:

LONDOÑO, Vega Patricia; VÉLEZ, Londoño Santiago. **Los niños que fuimos:** huellas de la Infancia en Colombia. Banco de la República, Biblioteca Luis Ángel Arango, 2012. 194 págs.

ARIÈS, Philippe. **El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen.** Madrid: Taurus, 1987.

BURKE, Peter. **Visto y no visto el uso de la figura como documento histórico.** 2005.

ORTEGA, Ricaurte, Carmen. Aspectos históricos y lingüísticos del gamín bogotano. **Revista de la Universidad Nacional** (1944-1992), no 10, p. 7-71. 1972.

NAVAS, Javier. Algunas observaciones sobre la higiene en Bogotá. **Revista médica de Bogotá**, 1899, no 238.